

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA  
DEL  
**HOGAR**

30  
CTS



PAT O'MALLEY  
DOROTHY SEBASTIAN  
HARRY MURRAY

EDICIONES BISTAGNE

**NUEVA MUJER,  
NUEVA VIDA**



**La Novela Cinematográfica  
del Hogar**

Publicación semanal de películas seleccionadas

Directora:

AÑO I Francisco-María Bistagne Núm. 7

*House of Scandal,*  
**Nueva mujer,  
nueva vida**

Interesante asunto, interpretado por  
**Dorothy Sebastian, Pat O'Malley  
y Harry Murray**



Exclusiva de

**Importaciones Cinematográficas**

Aragón, 225

BARCELONA

POSTAL-REMITE: JULIETTE COMPTON

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA



1928



Prohibida la  
reproducción  
Revisado por  
la censura

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 73087 - Barcelona

## Nueva mujer, nueva vida

*Argumento de la película*

Una gran parte de los policías de Nueva York son irlandeses. Así, cuando una vez al año, la ciudad rinde tributo a los más esforzados de sus héroes de la paz, el homenaje parece dedicado a Irlanda, patria de casi todos aquellos valientes.

Puesto en airosa formación todo el cuerpo de policía, se imponen condecoraciones a los guardias que más se distinguieron en su misión.

La urbe entera toma parte en el homenaje y le presta calor y animación. Sue-

nan insistentes aplausos para los premiados, agardeciéndoles su abnegación, sus méritos o su heroicidad.

A Patricio Regan, uno de los más esforzados y valientes policías, se le había impuesto una medalla por un acto de valor realizado fuera del cumplimiento del deber.

Con profunda emoción vio prendida en su guerrera aquella medalla y estrechó la mano del alcalde de la ciudad, que le felicitaba por su comportamiento.

Sin embargo, el gran suceso del día para Patricio Regan no era aquella condecoración, sino la llegada de su hermano menor de Irlanda.

Tan pronto como estuvo libre de servicio, se encaminó al puerto, donde acababa de atracar un gran trasatlántico.

Buscó afanosamente entre el gentío que se aglomeraba en cubierta a su hermano Daniel.

¡Llevaba tantos años sin verle! Cuando Patricio marchó a los diez y ocho años de su tierra irlandesa, Daniel era todavía un niño. Y ahora, para reconocerle, llevaba

un retrato en la mano que el propio Daniel le había enviado meses antes para poder identificar su personalidad a la llegada.

Por fin le reconoció y le llamó por su nombre a grandes voces. Daniel, que también llevaba una fotografía de Patricio, le contempló alborozado y feliz.

Fué el joven irlandés de los primeros en bajar la pasarela y se encontró en brazos de su hermano.

—¡Hermano... hermano querido!

—¡Patricio!

—¡Celebro tanto tu venida! Aquí podrás labrarte una posición, crearte un porvenir.

—Sólo lo siento por mamá... ¿Se ha quedado tan sola!

—Nuestras hermanas las cuidan... Y mira, más adelante, si las cosas van bien, les diremos que vengan a vivir con nosotros... ¿Te parece?

—Sí... sí...

—Pero estarás fatigado... Vamos, vamos pronto a casa...

Se abrieron paso a empujones. La gente



ante el uniforme del guardia se retiraba a un lado.

—¡Paso!... Están ustedes interrumpiendo el tránsito—decía el policía, sonriente.

Por fin se encontraron en un taxi que les condujo rápidamente al barrio donde vivía Patricio.

Por la ventanilla del coche, contempló el joven Daniel, como una visión, la maravilla de los rascacielos, el movimiento fragoroso de una ciudad en eterna ebullición y lucha.

Daniel, que no se había movido durante los veinte años de su vida del municipio irlandés de Cork, se sorprendía ante la animación radiante de la metrópoli.

Poco antes de llegar a la casa, entregó Daniel a su hermano un rústico bastón.

—Madre te envía este bastón de la buena suerte, que llevaba el abuelo cuando se despeñó por la montaña.

—¡Magnífica recomendación!... ¡No lo usaré en todos los días de mi vida!—contestó, riendo.

Llegados a su hogar, todos los vecinos

salieron a conocer al hermano del buen Patricio Regan.

—¿Conque éste es el pequeño? ¡Sí que está hermoso!

—¡Es simpático!

Y la juventud de Daniel se sonrojaba ante aquellos elogios inusitados.

Respiró Daniel ampliamente cuando hubieron desaparecido los últimos admiradores y pudo quedar a solas con su hermano.

Contemplando un amplio retrato que pendía de uno de los muros, le preguntó a Patricio:

—¿Quién es ése?

—Teodoro Roosevelt, uno de los hombres de más valía que ha tenido el cuerpo.

—Hermano, yo desco ser policía como tú.

—¿Policía? Eso, no. A ti te encaminaremos a cosas de mayor porvenir. Debes estudiar una carrera.

Daniel calló, pero más que la visión de una carrera, por la que no sentía demasiada vocación, le interesaba la idea de poder lucir un uniforme y ser como su hermano, una autoridad en la urbe.

\* \* \*

Sólo un día llevaba en América... y ya se entrenaba Daniel para el empleo que era su ambición.

Aquel atardecer, le sorprendió su hermano en casa haciendo grandes movimientos como si imitase a los guardias que dirigen la circulación urbana.

—Pero... ¿qué haces? ¿Qué gimnasia es esta?

—Adquiero flexibilidad... Estoy como hecho de una pieza.

—Una buena pieza es lo que estás hecho tú.

—¿Quiero ser policía!

—Ya te dije que eso no era posible... Te emplearemos en el comercio...

Daniel calló, pero en su espíritu sintió nacer la rebeldía. ¿Y por qué no guardia? ¿Qué mal había en ello?

Patricio tomó una merienda frugal, se desnudó y se dispuso a meterse en cama.

—Esta noche a las once vuelvo a entrar de servicio. ¿Te acordarás de llamarme?

—Duérme tranquilo. Te despertaré... Me entretendré planchándote el traje—contestó Daniel.

Se le llevó el uniforme, y ya en su cuarto, en vez de plancharlo, lo vistió, admirándose ante un espejo de la gallardía y prestancia que le daba a su persona.

—¡Estupendo!... ¡Una preciosidad!—decía en voz alta.

Y volvió a simular que dirigía el tráfico como el policía más hábil en tales menesteres.

Patricio, que aun no había podido conciliar el sueño, le gritó:

—Pero, Daniel, ¿qué te pasa? ¿Con quién hablas?

—Conmigo mismo; por eso no necesito contestación.

—Pues haz el favor de hablar bajo.

Poco después el polizonte dormía profundamente, y Daniel seguía contoneándose graciosamente como un niño con un regalo de los Reyes.

Asomóse a la ventana, desde donde se



divisaba una larga calle, siempre en movimiento.

De pronto vió que dos automóviles chocaban. Aglomeróse gente. Uno de los taxis había dado una vuelta aparatosa de campana.

Daniel, llevado de una audacia irresistible, salió de puntillas de su casa y amparado por el uniforme que vestía, dirigióse hacia el lugar del suceso.

No diría nada a su hermano. Allí tendría una buena ocasión para entrenarse en el oficio que deseaba emprender.

Las gentes abrieron paso al "guardia", y Daniel, dándose gran importancia, ayudó, en compañía de otras personas, a sacar de uno de los taxis a una hermosa mujer que estaba sin sentido.

Daniel contempló emocionado a aquella linda criatura que tenía en brazos.

—Parece que sólo esté desmayada—dijo.

—Junto a ella hemos encontrado este sobre—dijo el taxista—; debe ser su dirección.

Daniel leyó:

*Señorita Ana Rourke*

*102, Oeste, Calle 68*

*\* Nueva York*



—*Parece que sólo esté desmayada.*

—¡Voy a llevarla a su casa!... No creo que tenga más que el susto consiguiente!—dijo.

Y mandando parar a otro automóvil, el falso agente, sin preocuparse de hacer la consiguiente denuncia con respecto al choque ocurrido, subió al vehículo con la dul-

ce desvanecida en los brazos... Y ahora sí que Daniel se convenció, ante las ventajas del oficio, de que él necesitaba ser policía.

Durante el trayecto, Daniel pudo descubrir que aquella muchacha era realmente encantadora, y que si la misión del policía era la de acompañar tan bellas lesionadas, no había profesión más deliciosa.

La joven abrió poco después los ojos, estuvo unos instantes contemplando, medio atontada, al policía, y luego dijo como recordando a medias el accidente:

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? Herida, ¿verdad?

—Nada tema, señorita... Está usted en brazos de la ley... El coche en que usted iba ha chocado con otro, y usted ha resultado conmocionada.

—Ya recuerdo... Y gracias, guardia... Pero me siento perfectamente bien... No es necesario que me acompañe usted a casa.

—Mi misión es dejarla en su hogar, y la cumplo con el mayor gusto.

—Siento que se moleste.

El coche se detuvo ante una casa de lujoso aspecto, y Daniel, dándole el brazo,

ayudó a descender a la joven y la acompañó hasta la puerta. Pero la muchacha cojeaba y al poner pie en tierra gimió lastimosamente.

—¡No se alarme! —le dijo Daniel—. Sólo es una torcedura de pie... Déjeme que yo la suba, es lo mejor.

—No... no... —protestó ella con cierta vehemencia.

Para mí no es sólo placer, sino obligación, señorita.

Y a pesar del gesto de rebeldía y mal humor que se dibujó en los hermosos y negros ojos de ella, el falso policía subió en brazos a Ana hasta el primer piso, donde ella dijo que vivía.

Llamó, y un criado franqueó la entrada contemplando estupefacto al guardia que iba con la señorita.

—¿Que ha pasado?

—Nada... Un ligero accidente.

Daniel entró en la sala contigua y dejó a Ana en un diván, comenzando con una amabilidad pegajosa a hacerle un ligero masaje en un pie.

El criado contemplaba embobado a Ana,



y ésta le dijo con una sonrisa de condescendencia:

—Hobson, ¿quiere usted avisar a mamá?

Desapareció el sirviente y volvió momentos después con una señora de alguna edad que parecía poseída de una gran excitación.

—No se asuste, señora. Eso no tendrá consecuencias—dijo el guardia, sonriente.

—Un poco de grasa de ganso y en seguida se pondrá bien.

—¿De ganso?—dijo Ana, extrañada.

—Es un remedio casero, pero admirable... Cuántas veces lo oí a mi madre en Irlanda: "La grasa de ganso quita el dolor hasta de una pierna de madera."

—Lo malo es que aquí no tenemos grasa.

—¿Qué lástima! ¿Tienen ustedes linimento para hacer unas friegas en el pie?

—Eso, sí.

—Yo mismo lo haré el vendaje... Crea que me encanta haber conocido a tan lindísima criatura... Se ve claramente a quien ha salido—añadió, mirando a la madre.

Esta, de muy mal humor fué a buscar el frasco pedido.

Ana quitóse la media, y Daniel, una vez el frasco en su poder, examinó el pie, pasó por él una buena cantidad de líquido y luego lo vendó cuidadosamente.



*...fué a buscar el frasco pedido...*

—Tiene usted un pie que cabe en un dije de reloj.

—¡Muchas gracias!

Daniel, una vez efectuada la cura, fué a dejar el frasco sobre una mesita lejana, y allí estuvo examinando unos momentos un bello retrato de Ana.

—Un retrato de usted, ¿no? ¡Vale más el original!

La señora, la señorita y los criados de la casa contemplaban con impaciencia al empalagoso policía... ¡Cuidado que era servicial aquel hombre! Tan servicial que su presencia no podía ser más importuna.

—¡Tenías que huberte torcido el tobillo en una ocasión como esta!—dijo la madre a Ana.

—¡Ha sido una desgracia!

—¡Y otra desgracia la de traerlos a ese tipo! ¡Veremos cómo nos libramos de él!

Daniel volvió junto a ellos, y en aquel instante dieron en el reloj las diez y media.

Recordó instantáneamente Daniel que debía ir a advertir a su hermano, y exclamó:

—Siento tener que marcharme, pero me llama la obligación... Y si no fuera una barbaridad, daría gracias a Dios por el accidente, que me permitió conocerla, señorita Ana.

—Es usted muy gentil—dijo la joven.

—¡Cuidenla ustedes bien! ¡Mañana volveré a ver cómo sigue!

Y después de estrechar con efusión la dulce mano de Ana, y de su madre, saludó reverente y humilde a los criados y abandonó aquel caserón.

Llevaba en el alma el recuerdo de Ana, que acababa de hacer, con el imán de su sonrisa, prisionero a su corazón.

Cuando hubo desaparecido, la que habían llamado "madre", mirando severamente a Ana, le dijo:

—¿Cómo diablos se te ha ocurrido traer aquí un policía?

—¡A ver si cree usted que yo volqué a propósito el taxi para traer al agente, señora Hudson!

—¡Lo que me saca de quicio es pensar que va a volver!—dijo uno de los criados.

—¡Y nosotros que preparábamos para mañana el negocio de Morgan!

—¡Y se hará!—dijo Ana, decidida—. ¿Creen ustedes, bobos, que verán más al policía?

—No, no lo veremos—dijo el criado—.



Evitaremos la ocasión. Cuando venga el joyero y tengamos las perlas, esta jaula se quedará sin pájaros.

—Y entonces... ¡a divertirse... y a vivir!

Y aquellas gentes, que eran los afiliados a una banda de temibles ladrones, acabaron de redondear el gran negocio que preparaban.

Daniel regresó velozmente a su casa. Se hallaba quitándose el traje en el armario ropero cuando su hermano, que acababa de despertar, le llamó.

—Daniel, ¿dónde estás?

El muchacho, vestido ya de paisano, y con el traje de policía en un brazo, salió del ropero.

—Pero ¿qué haces ahí, Daniel?—le dijo Patricio, sorprendido—. ¡Bonita manera de llamarme para ir a la guardia!

—No me acordé y estaba jugando al escondite para distraerme.

—¡Lástima de niño!—dijo, burlón—. ¿No sabes todavía recortar muñequitos de papel?

—No te hables de mí, hermano.

Rápidamente Patricio se vistió y su her-

mano Daniel al verle dispuesto a marchar le dijo, recordando las ventajas del uniforme:

—Oye, Patricio, ¿qué haría yo para ser policía muy pronto?

—No pienses en eso. Con uno en la familia, ya hay bastante.

El muchacho, imprudente, con inocencia, contestó:

—Yo también quiero serlo, Patricio... Ella cree que lo soy.

—¿Ella?

—Sí... ella... nuestra madre—dijo, ruboroso y rectificando su imprudencia—. Si consintió que saliera de Irlanda fué para eso.

—No, Daniel, ya te dije que debes ser algo más...

—Patricio, necesito ser policía.

¡Qué manía! Vaya, quitate esas tonterías de la cabeza... ¡Hasta la noche, Daniel!

Y sin hacer caso de aquellos insistentes requerimientos se marchó, mientras Daniel seguía suspirando por una profesión que

le acababa de hacer conocer a la mujer más bonita del mundo.

\* \* \*

La próxima noche, Daniel, aprovechando que su hermano descansaba, se apoderó de su uniforme y marchó, con sigilo, a ver a la dama de sus pensamientos.

Y allá en casa de Ana todo estaba preparado para el gran trabajo.

—El joyero no tardará— decía uno de los cómplices—. Cada uno sabe ya su papel... El joyero cree que nosotros, una familia aristocrática, le va a comprar un hermoso collar de perlas... Es preciso que no falle el golpe... A ver si de una vez actuamos como señoras y caballeros de verdad.

Sonó el timbre... El criado fué a abrir y cuando creyó encontrar al joyero, vió la figura, para ellos siniestra, del policía.

—¿Cómo está la señorita?—dijo Daniel, sonriente y entrando lentamente ante la estupefacción del "criado".

—Bien... mejor...

Ana y la señora Hudson contemplaron desde la contigua sala al agente.

—¡Tu amigo el polizonte! ¡Nos aguará la fiesta!

Avanzó Ana hacia él, agradeciéndole con afectuosa sonrisa su interés. Aunque ella era una ladrona y aquel hombre policía, no dejaba de reconocer que el joven era simpático y agradable.

—¡Cuánto me alegra verla saltando sobre los dos pies!— le dijo Daniel, mirándola con efusión.

—Estoy ya bien. Sus cuidados me han devuelto la salud.

—He estado rezando por usted esta noche... ¡Qué bonita es usted! Le juro que me pasaría la vida mirándola.

—Por Dios, señor policía... Más bien parece usted un poeta.

—Tal vez usted me convierta en artista. ¡Crea que no he podido dormir en toda la noche pensando en usted!

—Bien ha aprendido usted el arte de la adulación.

—¡Nada de adulación!—dijo cómicamente—. Cuando ayer tomé a usted en mis



brazos, mi corazón era ya un redoblante.

—¡Qué bonitas mentiras!

Y el corazón de Ana se iba sintiendo infiltrado de aquellas frases de amor que nunca había oído todavía. Y era cierto que hubiera preferido estar oyéndolas toda la noche a tener que actuar en el difícil y expuesto negocio del joyero.

La señora Hudson y los demás cómplices estaban al acecho en una habitación cercana.

El joyero Morgan iba a llegar de un momento a otro y era preciso alejar del salón al comprometedor policía.

Max, uno de los ladrones, entró en la estancia y dijo sonriente a Ana:

—¿Quieres dejarme esta habitación, *hermana*? Tengo una visita de negocios.

—Con mucho gusto. Pero, no os conocéis. El guardia que ayer me condujo a mi casa. Mi hermano.

—Tiene usted una hermana que rinde los corazones—dijo Daniel con su peculiar inocencia—. Si estorbo...

—¡No, no!—dijo Ana—. Venga conmigo.

Ana, que sentíase misteriosamente atraída hacia el agente, subió con él al primer piso y entraron en otra habitación.

—¡Bonita instalación tiene usted aquí! ¡Qué muebles tan preciosos! ¡Qué hermoso es esto!—decía Daniel, entusiasmado.

—Mamá es una mujer de gusto.

—Anita, soy feliz por haberla conocido... Y dígame, ¿no cree usted en el amor a primera vista, de flechazo?

—¿Yo? No sé lo que es esto... Nunca amé.

—Tampoco yo, Daniel Regan, sabía lo que era amor... hasta que ayer la conocí... Pero, he de confesárselo... me gusta usted... la quiero mucho.

—No diga eso. ¡No me engañe!

—¡Te quiero! ¡Te has hecho dueña de mi vida!

Sus manos acariciaron a aquella mujer, que sintió en su alma la debilidad del amor. Ella no veía ahora en Daniel al agente de policía, sino al hombre, al joven que había despertado en su alma el sentimiento del primer amor.

Llamaron. Era uno de los cómplices,

quien, después de dirigir una violenta mirada al agente, dijo a Ana:

—De parte de *su hermano* que haga el favor de bajar.



—¿No cree usted en el amor?

—¡Vuelvo en seguida!—exclamó Ana a Daniel.

Y saliendo de la habitación se dirigió a la salita donde ya se hallaba el joyero Morgan en compañía de la señora Hudson y de Max.

—¿Y qué, señor Morgan?—dijo ella, recobrando la serenidad un poco perdida en su entrevista con Daniel—. ¿Trae usted las perlas?

—¡Aquí tengo el collar!... ¡Una preciosidad!

De un estuche sacó una maravillosa joya, de perlas incomparablemente hermosas, como las perlas de Ormutz.

—¡Qué bonitas! — dijo acariciándolas con voluptuoso deleite—. Voy a mirarlas junto a la luz.

Y avanzó hacia una mesita haciendo ver que las examinaba con minuciosidad.

La señora Hudson y Max se acercaron a ella. Ana, con todo disimulo, les entregó el legítimo collar y lo cambió por otro collar idéntico, pero escandalosamente falso, que Max tenía entre las manos.

Todo fué tan rápido, con tanta discreción y cautela, que el joyero Morgan no vió ni sospechó nada.

—¿Qué? ¿Le interesa?—dijo el joyero, avanzando, con el ansia de realizar aquella transacción.

—Bonito, no puede serlo más... Pero es



un desembolso tan serio que hay que meditarlo—contestó Ana—. Mañana le contestaré.

—Perfectamente. Estoy convencido de que acabará por comprarlo.



*Todo fué un rápido, con tanta discreción y cautela...*

Tomó el joyero el collar para ponerlo de nuevo en el estuche, y al tenerlo en la mano le pareció que pesaba menos que antes.

Una súbita y terrible sospecha se clavó en su imaginación.

Rápidamente examinó el collar a la luz de la lámpara, y dióse cuenta de que era falso, horriblemente falso.

Miró con altanería a Ana y sus gentes, que le contemplaban aterrados, dándose cuenta de la realidad.

—¡Qué escándalo!—gritó—. ¡Déñme el collar que he traído... el auténtico... las perlas legítimas!

—Pero, señor... ¿qué dico usted? No tenemos más collar que éste—protestó Ana.

—¿Cómo se atreve usted a insultarnos?—dijo la señora Hudson.

—¡El collar... el collar! ¡Ladrones... ladrones!... ¡Doy a ustedes un minuto para que devuelvan esas perlas, antes de que llame a la policía!

El joyero pretendió salir en demanda de auxilio, pero uno de los criados, avanzando hacia él le dió un formidable puñetazo y le dijo:

—¡Si habla usted una palabra, será ésta su última hora! ¡Salga inmediatamente de aquí!

—¡El collar!... ¡Miserales!... ¡El collar!

Atraído por los gritos, Daniel bajó la escalera.

La presencia de un policía puso de nuevo esperanzas en el ánimo del joyero.

—Señor agente, esos hombres son una partida de estafadores... Me han robado un collar. ¡Deténgalos!

—¡No le haga caso! ¡Está loco!—dijo Ana.

—¡Arreste a ese hombre!—gritó la señora Hudson, jugándose el todo por el todo—. Mañana presentará una denuncia contra él.

Para Daniel, hombre sin experiencia y que sólo veía por los ojos del amor, la razón y la verdad estaban de parte de Ana. ¿Cómo iba a concebir que fuese culpable de cualquier delito la mujer que era el ídolo de su vida?

Agarrando por una solapa a Morgan, le gritó:

—¡Le llevo preso! ¡Salgamos de aquí sin perder un segundo!

—Esto es un atropello incalificable. Con-

vénzase, guardia. Me han robado, me han robado. Que me devuelvan el collar.

—¡Es un pobre loco! ¡Llévelo de aquí!—rugó Ana.

—Ahora mismo.

Y a empellones lo hizo salir de la casa, a pesar de que Morgan, cogiéndole fuertemente por los botones de su uniforme, insistía para que le escuchase.

Daniel le llevó lejos de allí, sin hacer caso de las enérgicas protestas de la pobre víctima. Pero comprendiendo que debía dejarle en libertad, pues él no podía presentar denuncia alguna, ya que se descubriría que no era policía, le dijo:

—Me da usted compasión... Usted parece un buen hombre y no quiero prenderlo. ¡Puede marcharse!

—¡Necesito el collar!

—Váyase pronto, por si todavía cambio de parecer.

—Mientras no cambie yo... Usted ha faltado a su deber, guardia, usted ha incurrido en tremenda responsabilidad... Y viene usted ahora conmigo a la Jefatura.

—¿A la Jefatura, yo?—dijo Daniel, ho-



rrorizado—. ¡Quite, hombre!... ¡Tengo asuntos mucho más urgentes!

Y echó a correr desesperadamente, seguido del joyero, que le increpaba con dureza, creyéndole cómplice de los ladrones.

Daniel pudo ocultarse al fin y desorientar a su perseguidor... Y atemorizado, llevando aún en el alma aquel susto de muerte, volvió a su casa, y yendo de puntillas se quitó el traje y lo dejó otra vez en el ropero.

Por suerte, Patricio no tenía que ir a prestar servicio hasta primera hora de la mañana siguiente.

Daniel se metió en su cuarto y pasó una noche de horror y de pesadilla.

\* \* \*

A la mañana siguiente, mientras se desayunaba, Patricio observaba a su hermano, que no tenía apetito y en cuyo rostro había las huellas del insomnio.

—¿Qué tienes, hermano? ¡Estás pálido como la muerte!

—¿No serán tus ojos? Yo me siento bien. Apenas comió. Patricio le fué mirando intranquilo preguntándose, inútilmente, qué podía ocurrirle.

Mientras tanto, el joyero Morgan, que ya durante la noche había estado en la Jefatura, insistía ahora cerca del jefe de policía ratificando su denuncia.

—Según usted, la insignia del agente que ayudó a los ladrones tenía el número 123, ¿verdad?—le decía el jefe.

—Sí, señor.

—Veamos a quién corresponde.

Examinó el libro y se dibujó en sus labios un sonrisa de incredulidad.

—Sin duda hay un error. Ese es el número de Patricio Regan, uno de los agentes más probos del Cuerpo.

—No me equivoco, señor.

—De cualquier modo, investigaremos en seguida. Va a ir con usted un inspector a ver al guardia de referencia.

Un inspector acompañó al joyero Morgan a casa de Patricio Regan.

Patricio fué a abrir, mientras Daniel, ho-

rorizado y temiendo que fueran a detenerle, se ocultaba en su cuarto.

—¿Era éste el agente?—preguntó el inspector acompañante de Morgan.

—No, señor.

—¿Qué ocurre?—dijo Patricio, extrañado.

—Al señor le han robado un collar, y un policía que llevaba el número de usted ayudó al despojo.

—¿Mi número?—dijo Patricio, extrañado—. El señor está confundido, sin duda.

—No... no... El 123. Bien lo recuerdo.

Patricio, que no salía de su honda sorpresa, se dirigió a buscar el uniforme.

—Vea usted mi traje... Ha estado siempre en mi poder.

Morgan examinó la guerrera y dió un grito.

—Esa es la guerrera que él llevaba, y aquí está el botón que al huir dejó en mis manos.

Y quitándose de un bolsillo el botón lo colocó en la guerrera, de donde estaba precisamente arrancado.

Patricio quedó estupefacto. Un sinún-

ro de dudas, de confusiones, se agolparon en su imaginación.

—¿Quién ha usado su casaca, Patricio?—le dijo el inspector.

—Que yo sepa, nadie.

—Es muy extraño todo eso... Debería usted ir a hablar con el jefe, amigo Patricio.

—¡Sí... sí!...

Marcharon Morgan y el inspector, y Patricio, horrorizado, miró la guerrera, de la que faltaba un botón.

Era indudable que alguien la había usado. Pero ¿quién, quién?

Una sospecha se clavó en su alma, hiriéndole de una manera cruel... Recordó la palidez y el temor de su hermano.

¡El, él... no podía ser otro que él!

Furiado, sin comprender el por qué había hecho aquello, Patricio corrió al lado de su hermano.

Le bastó mirarle para darse cuenta de que ante él tenía al culpable.

Daniel temblaba como un azogado.

—¡Desdichado!—le gritó—. ¿Por qué te has puesto mi uniforme, di? ¿Cómo has



hecho relación con una banda de ladrones?

—¡Ella no es ladrona, Patricio!—suspiró.

—¡Milagro que no hubiese una ella! ¡Sólo así podías meterme en un conflicto como este! Pero explícate, cuenta cómo ha sido eso.

Con voz entrecortada, sin omitir detalle, el muchacho explicó su imprevista aventura.

—¡Estúpido! ¡Cómo te has dejado engañar! Unos ladrones que te hacen cómplice de sus delitos... ¡En menudo compromiso me has puesto!

—¡Lo siento en el alma, Patricio—dijo el pobre muchacho—. Iré a ver a tu jefe y le diré toda la verdad.

—¡Prefiero que te quedes mudo!—¿No sabes que suplantar a un policía tiene diez años de cárcel?

—Los sufriré... si es mía la culpa.

—¡Calla, loco, calla! ¡No te muevas de aquí!... Voy a ver si es posible arreglar el asunto.

Y salió, preocupadísimo, mientras Daniel se echaba a llorar maldiciendo la hora

en que se vistió de policía, pero no pudiendo creer tampoco que la criatura más dulce del mundo fuese una ladrona.

\* \* \*

Daniel, decidido a todo para salvar a su hermano y pareciéndole imposible además que Ana le hubiese engañado de tan burdo modo, se dirigió a la casa de ella.

Llamó varias veces sin obtener contestación.

¡Ah, los estafadores, los infames! Habían huído, tal vez estuviesen ya en la frontera.

Si tuviese algún indicio... Consultó el sobre que llevaba la dirección de Ana y que se había quedado el día del accidente... Y leyó en el dorso esta inscripción, que le había pasado inadvertida la primera vez:

*Devuélvase a 1050 Faile, St.*

*Bronx, N. York*

Iría allí; tal vez aquella nueva dirección pudiese indicarle alguna pista para hallar a los misteriosos aventureros.

Subió a un taxi y se hizo conducir rápidamente a aquel lugar.

El número 1050 de aquella calle era una casa de aspecto sencillo. Llamó y preguntó a una señora anciana, de rostro simpático, que le franqueó la puerta:

—Perdone, señora... ¿Puede decirme dónde encontraría yo a la señorita Ana Roruke?

—Está arriba... ¿No quiere usted pasar?

—Sí... Haga el favor de decirle que necesito verla.

Entró en una salita.

—Mi hija acaba de llegar a casa. Bajará en seguida.

—Bien.

Daniel no salía de su asombro. Aquella casa burguesa, aquella mujer de aspecto honesto que llamaba hija a Ana, ¿qué significaban? Entonces, aquella otra señora de alguna edad, vieja y extremada, que había visto la noche antes, ¿no era la madre de la muchacha? Pronto saldría de dudas. Adivinaba un misterio, algo terrible que era preciso descoverir.

Ana apareció ante él, seguida de la señora anciana.

—Ese caballero desea hablarte, Ana—dijo la madre.

—¡Ah, sí!—suspiró la joven con emoción, a tiempo que la madre se alejaba.

Daniel contempló impávido a aquella mujer de aspecto tan espiritual y delicado que parecía absurdo que en ella se albergara tanta perversidad.

Antes de que él pudiera despegar los labios, la joven le murmuró:

—¡Por Dios, no diga usted a mi madre que ha venido a prenderme, se lo ruego!

—De modo que su madre es ésta... y los otros eran una cuadrilla de ladrones, ¿verdad?

—¡Perdón, perdón! He sido una loca... toda mi vida he sido una loca... Quiero explicarle, necesito sincerarme ante usted...

—No puedo creerla.

—Quiero que me escuche. Mi madre me cree una muchacha honrada. La amistad que trabé un día en un restorán con la señora Hudson, a quien ante usted di el nombre de madre, me ha llevado a la ruina...



Aquella mujer despertó en mí el espíritu de ambición y me prometió darme mucho dinero si la ayudaba en el negocio de las perlas... Y yo, débil, accedí. Pero era el



—¿De modo que su madre es ésta?...

primer delito que cometía... Y me remuerde la conciencia. No tengo el collar... y quiero vivir para siempre de modo honrado. Perdóneme... la confesión que he hecho a usted se la haré al juez.

—Yo no soy policía — dijo Daniel, a

quien habían conmovido las palabras de la joven—. El uniforme que llevaba anoche era de mi hermano... Pero por culpa de usted han puesto a mi hermano en un grave aprieto... y usted va a ayudarme a sacarle de él.

—¿Que mi madre no se entere, por Dios!

—No se enterará... pero vendrá usted conmigo a la Comisaría a confesar la verdad y a denunciar a sus cómplices... aunque tenga que llevarla arrastrando.

Abrióse súbitamente la puerta de la calle, que había quedado entornada. Aparecieron dos hombres, dos cómplices en el sucio negocio de las perlas, Max y uno de los criados, que habían estado escuchando la última parte de la entrevista.

Al verles, Daniel avanzó hacia ellos, amenazador, pero no tuvo tiempo de defenderse.

Max sacó una pistola y disparó un tiro contra el pobre muchacho, que cayó al suelo gravemente herido.

Y los dos miserables, creyendo haberle dado muerte, emprendieron la fuga, deseo-

sos de que nadie pudiera hacerles objeto de la menor delación.

Al rumor del disparo, la madre de Ana entró en el salón, contemplando horrorizada al visitante caído en tierra como muerto.

—¡Fué un accidente, mamá, fué un accidente! —dijo la joven, llorando—. ¡Corre en busca de un médico!

Y mientras la madre, desolada, iba a una casa vecina a buscar al doctor, Ana, decidida a todo, tomó la determinación de avisar al hermano de Daniel.

Telefonó a la jefatura preguntando por el agente Regan, que se hallaba en aquel momento hablando con el jefe de policía acerca de la extraña suplantación.

Patricio Regan negaba haber prestado a nadie el uniforme y atribuía el suceso a que habían escogido precisamente su número.

Se puso al teléfono y oyó una voz de mujer que le decía:

—Venga pronto al 1050 de la calle Faile... Daniel está en peligro.

Temiendo algo terrible y que podía darle la clave del enigma, Patricio corrió a

la dirección indicada, encontrando a su hermano tendido en tierra, gravemente herido.

Junto a él estaban dos mujeres y un mé-



—¡Daniel... hermano mío... Daniel!

dico que acababa de hacerle una cura provisional.

—¡Daniel... hermano mío... Daniel! ¿Qué ha pasado? —decía, besándole tiernamente y creyéndole próximo a morir.



Nada respondía el infeliz, desvanecido por la pérdida de sangre.

—¡Háblame, pequeño... soy Patricio!... ¡Daniel... Daniel!... ¡Por el amor de Dios, abre los ojos, mírame!...

Por fin el herido le contempló breves instantes, y con una voz angustiosa, dolorida, le dijo:

—Patricio... creo que me han matado...

—¡No, no! ¡Habla! ¿Quién ha sido?... Dí, ¿quién?

—Unos ladrones... pero... Ana, no, no. No seas duro con ella... Es una buena chica... una víctima.

—Daniel, ¿por qué viniste aquí?

—Para salvarte, Patricio... Me perdonarás por el conflicto que te he buscado, ¿verdad?

—Sí sí. Pero hay que llevarte al Hospital, donde se te pueda atender mejor.

El médico aseguró a Patricio que el muchacho viviría, pero que desde luego era preferible llevarlo al hospital.

Salió el doctor, acompañado de la madre de Ana, que, demasiado vieja para emo-

ciones, no osaba permanecer mucho tiempo en la estancia del enfermo.

Ana, acercándose a Patricio, le contó entonces su vida y su fervoroso deseo de salvarle de todo compromiso.

Que mamá no sepa nunca que me han detenido... por favor... Quiero lavar mi culpa... y ser luego una mujer honrada...

Patricio se conmovió ante aquellas declaraciones y aun propuso la huida a la mujer... Comprendía que ella había sido una víctima del ambiente, de las malas compañías y la compadecía de corazón. Además, Daniel la adoraba...

—Usted debe pensar que soy una mujer perversa, ¿verdad?—dijo ella.

—Yo no pienso nada—contestó fríamente—. Pero mi hermano piensa que es usted un ángel.

Llegaron unos camilleros para llevarse a Daniel.

Aunque Patricio insistió de nuevo para que la joven no fuera a la comisaría, ella quiso ir, descosa de que nada les ocurriese a los hermanos Regan.

—Voy al hospital, mamá—dijo a la an-

ciana—. No te preocupes si tardo. Tal vez me quede allí a cuidar de Daniel.

Salieron todos escoltando el cuerpo desvanecido del muchacho.

Y una vez instalado Daniel en el hospital, Patricio acompañó a la jefatura de policía a Ana y ella explicó, sin omitir detalle todo lo sucedido. El buen nombre de Patricio quedaba reivindicado y también el de Daniel.

Gracias a su declaración pudo detenerse a los demás complicados, que eran verdaderos ladrones, de profesión y el collar fue recuperado.

\* \* \*

Pasó algún tiempo. Daniel salió del hospital y pudo por fin entrar, como era su deseo, en el cuerpo de policía.

Ana, que había sido condenada sólo a tres meses de cárcel, teniendo en cuenta varias circunstancias atenuantes, salió por fin de su encierro.

Y cuando su deuda con la sociedad es-

tuvo saldada, una nueva Ana, una nueva mujer, surgió a una nueva vida.

Daniel la esperaba junto a la puerta de la prisión. Estaban también allí su madre y Patricio.



*...la esperaba junto a la puerta de la prisión*

La joven abrazó a su madre, que había tenido que enterarse forzosamente de la odisea de su hija. Y estrechó fervorosa la mano de Patricio, que había sido generoso



protector de la pobre madre viejecita y solitaria. Y a Daniel...

Anduvieron todos juntos hacia la ciudad... Delante iban Patricio y la vieja. Detrás, Ana y Daniel.

—¿Vuelve a vestir un uniforme que no es el suyo?—le dijo ella, riendo.

—Ahora es el mío. Soy policía de veras. Y te arresto para toda la vida.

Y aprovechando la oscuridad del camino, fué besándola, besándola...

## FIN

**Esta semana en las selectas**

**Ediciones Especiales de la Novela  
Semanal Cinematográfica**

## LA PECADORA

por Lucy Doraíne

**EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA**

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barhará, 16; MADRID: Caños, 1

## La Novela Cinematográfica del Hogar

**aparece los sábados y sólo publica  
asuntos de buen gusto**

**Número 1: Puertas cerradas**

por Virginia Valli

Postal-bicolor: JANET GAYNOR

**Número 2: Madre pecadora**

por Irene Rich

Postal-bicolor: CHARLES PARRELL

**Número 3: Estrella simbólica**

por George O'Brien y Sue Carol

Postal-bicolor: MARY DUNCAN

**Número 4: La Loba del Pasado**

por Donald Keith y Helen Foster

Postal-bicolor: EDMUND LOWE

**Número 5: La mujer de Satanás**

por Marcela Albani y Jack Trevor

Postal-bicolor: POLA NEGRI

**Número 6: Jimmy, el misterioso**

por William Haines y Lella Hyams

Postal-bicolor: MAURICIE CHEVALIER

**Lea y recomiende**

**La Novela Cinematográfica del Hogar**

Acaba de publicarse la  
tan esperada novela de  
**Alfonso Vidal y Planas**

# **La Vida, el Deseo y la Víctima**

Es la obra cumbre del popular novelista, cuyas famosas producciones, traducidas a los más importantes idiomas, están alcanzando un éxito mundial.

**ALFONSO VIDAL Y PLANAS**  
con su magnífica novela:

# **La Vida, el Deseo y la Víctima**

obtendrá uno de sus más resonantes éxitos.

De venta en todos los quioscos y librerías de  
España y América. **5 pesetas** ejemplar



Ediciones BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis  
Teléfono 19661  
BARCELONA